se acuerdan de los beneficios pasados). Bien sé yo que si vivieran los antiguos de aquella villa, que quisieran a sus ministros franciscos como entonces los quisieron, pero muertos ellos han venido otros que atropellan obligaciones pasadas; pero donde faltan los hombres sobra Dios que vale más que todas las cosas.

CAPÍTULO XXXIV. *De la fundación de la ciudad de Quauhtemallan*

A CIUDAD DE QUAUHTEMALLAN (que los españoles llaman Guatemala) fue fundada en los principios de la conquista de esta tierra por Pedro de Alvarado y los otros soldados que llevó consigo a la conquista de aquellas provincias de Otlatlan. Llamóla Santiago de Quauhtemallan y luego nombró para el gobierno común dos alcaldes, cuatro regidores y todos los oficios necesarios a la buena gobernación de un pueblo. Hizo una iglesia del mismo nombre (y ahora está en ella la silla del obispado) y situóla en el lugar, que ahora llaman la ciudad vieja; y para que mejor se sepa la causa que hubo de mudarla de aquel sitio a este que ahora tiene, donde permanece con buen número de gente, es de saber que luego que se ganó la ciudad de Mexico y todas las provincias sus convecinas y los reinos que se habían reducido a la obediencia de el rey de Castilla, volvieron a substraerse de ella los de Quauhtemallan. Por lo cual Hernando Cortés envió contra ellos a Pedro de Alvarado, uno de sus capitanes, diole gente de guerra, así de españoles como de indios, para que fuese a conquistarla (si no quisiesen por bien reducirse); hízolo así Alvarado porque Cortés le enviaba siempre españoles, caballos, hierro y ropa y cosas de rescate y le favorecía mucho, porque le había prometido de casarse con una su prima hermana y así le hizo su teniente en aquella provincia. Con estos favores que Cortés le hacía y socorros ordinarios que le enviaba vino Alvarado a señorearse de aquellos reinos y señoríos y después de haber fundado otros pueblos de españoles hizo la fundación de esta ciudad de Santiago de Guatemala. Púsola a las faldas de la sierra grande que reventó (que ahora se llama San Juan Bautista).

Habiendo fundado esta ciudad Pedro de Alvarado y estándose en ella muy pacífico y próspero en el gobierno procuró licencia de el emperador para ir a descubrir y poblar en Quito, en el Perú; y habida fue allá con siete navíos, en el cual viaje padeció muchos trabajos; y no hallando la comodidad que quería vendió sus navíos y cosas que llevaba en cien mil castellanos a Francisco Pizarro y a Diego de Almagro, y volvióse rico y contento a Quauhtemallan; pero no quieto con lo hecho hizo después diez o doce navíos, una galera y otras fustas de remo con el dinero que trajo y determinóse de ir con ellas al descubrimiento de la especería, por la punta de Ballenas (que otros llaman la California); a esta coyuntura se hizo el

descubrimiento de la tierra de Cíbola por el provincial fray Marcos de Niza (como decimos en otra parte) y como luego corrió la voz de las nuevas tierras y andaban ganosos los españoles de ver si hallaban las riquezas que los primeros que entraron en Mexico habían tenido, luego se movieron a la jornada, en especial don Antonio de Mendoza (que entonces era primer virrey de esta Nueva España) en compañía de don Fernando Cortés, que ya era marqués de el Valle y tenía hecha la merced de los descubrimientos de la Mar de el Sur y todas sus costas; pero no se concertaron, mas antes riñeron sobre ello y luego Cortés se fue a España y don Antonio, como sabía que Alvarado tenía navíos, envió a llamarle. Vino Alvarado con su flota al puerto de la Navidad y dejándola allí se vino a Mexico (que dista de aquel puerto esta ciudad ochenta o noventa leguas), y en llegando se concertó con el virrey para ir a Cíbola (sin respeto de el perjuicio y ingratitud que usaba contra Cortés a quien debía cuanto era). Para volver a su armada fuese por Xalisco, para remediar y reducir algunos pueblos de aquel reino que andaban alzados y a porrazos con los españoles. Llegó a Ezatlan, doce leguas adelante de la ciudad de Guadalaxara, donde estaba Diego López de Zúñiga haciendo guerra a los rebeldes; fuese con él a un peñol, donde se habían hecho fuertes algunos indios. Combatiéronlos nuestros españoles con ánimo, pero fue mucha la fuerza de los indios y así los hicieron huir, quedando muertos treinta españoles; y como la refriega y combate era en lugar tan alto y peñascoso fueron cayendo algunos caballos la cuesta abajo. Pedro de Alvarado, que vido venir uno sobre sí, apeóse con mucha ligereza por huir el golpe y púsose en parte que le pareció que estaba más seguro, más como el caballo venía volcando de muy alto traía mucha furia y presteza y con ella dio un gran golpe en una peña y resurtió adonde Pedro de Alvarado estaba y llevóle consigo la cuesta abajo (día de San Juan de el año de cuarenta y uno) y fue a parar en unas matas, molido y muy herido. Los que le vieron ir fueron tras él a guarecerle y cuando llegaron a él le hallaron sin sentido y casi muerto. Lleváronlo al real y vivió cuatro días, en los cuales volvió en sí, dándole Dios juicio para confesarse y disponer su alma y murió día de los apóstoles San Pedro y San Pablo, como lo testifica el padre fray Toribio Motolinía, de cuya relación tomó Gómara para escribir este caso. Fue su muerte en el pueblo de Ezatlan (cuasi cuatrocientas leguas de la ciudad de Guatemala y ciento de esta de Mexico a la parte del poniente). Cuando le preguntaban aquellos días que vivió después de la caída, ¿qué le dolía?, respondía que el alma, y nunca dio otra respuesta. Dice Gómara que era hombre suelto, alegre, muy hablador, tenía poca fe con sus amigos y así le notaron de ingrato y aun de cruel con los indios. Pasó muy mozo a las Indias y porque traía un sayo y capa que le dio en Badajoz un su tío, que era de el hábito de Santiago, comendador de Lobon, le llamaban muchos el comendador; y así, cuando fue a España, procuró el hábito de Santiago y lo alcanzó, porque de veras se lo llamasen. Estuvo en Cuba y vino con Juan de Grijalva y después con Fernando Cortés a esta Nueva España, en cuya conquista y guerras tuvo los cargos que en la conquista de Mexico se cuen-

tan. Fue mejor soldado que gobernador. Casó, por dispensación, con dos hermanas, habiendo consumado el matrimonio con la primera que fueron doña Francisca y doña Beatriz de la Cueva y de ninguna tuvo hijos. Dejó por ellas a Cecilia Vázquez, honradísima mujer, para ganar (como ganó) el favor de Francisco de los Cobos, secretario privado de el emperador. Éstas son palabras de Francisco López de Gómara y helas dicho para decir quién fue el fundador de la ciudad de Guatemala, que fue hombre particular y llegó a ser adelantado de aquellos reinos y provincias. Y dice Gómara que no quedó más hacienda, ni más memoria de él sino ésta y una hija que hubo en una india, la cual casó con don Francisco de la Cueva, al cual conocí en Guatemala; y esta señora se llamó doña Leonor de Alvarado y fue hija de una señora tlaxcalteca.

No dejó de causar temor y espanto esta muerte, viendo una persona tan próspera y sublimada, que de más de la gobernación de Guatemala y de otras provincias que tenía a su cargo, había venido por mar con buena armada a hacer otros descubrimientos y jornadas, y cuando volvía a despachar sus navíos, lo despachó a él un caballo muerto que rodó por subir con tanta priesa como él vino rodando por la cuesta y peñascos, al tiempo que urdía tela para más engrandecerse y halagarse en el señorío; y fue su subida tan alta para dar mayor caída, diciendo el salmo: levantándome en alto, Señor, me estrellaste en una peña, pereciendo su memoria (como dice en otra parte el salmista) con ruido y estruendo. Era el armada de quince navíos nuevos (según lo refiere el padre Motolinía) que son más en la Mar de el Sur, que ciento en la Europa y luego se comieron de broma y fue menester vararlos en tierra para echarles tablas nuevas.

CAPÍTULO XXXV. *De la tempestad grande y espantosa que sobrevino a la ciudad de Quauhtemallan, por donde se dejó aquel sitio y pasó al que de presente tiene*

LEGÓ LA NUEVA DE LA MUERTE de este caballero a Guatemala, a principio de septiembre de este año de mil y quinientos y cuarenta y uno, con cuya muerte dice que hizo esta señora doña Beatriz grandes extremos, luego que la supo y que dijo cosas muy de loca; mandó teñir luego su casa por de dentro y por de fuera; lloraba mucho y no comía, ni dormía, ni quería consuelo ninguno; y si alguna persona movida de su dolor la consolaba, dicen que respondía que ya Dios no tenía más mal que hacerla (palabra de blasfemia y de mujer inconsiderada y que parece ser dicha sin corazón ni sentido y muy desatinadamente, y pareció muy mal a todos como era razón que lo pareciese); pero enmedio de aquellos llantos y tristezas entró en el regimiento y se hizo jurar por gobernadora (desvarío y presunción de mujer y cosa nueva entre los españoles de Indias). Hizo las honras de su difunto pomposamente y con grandes llantos y lutos comen-